

patriotas fue obra combinada del genio de Bolívar y de las crueldades espeluznantes de los expedicionarios españoles.

Hoy, casi un siglo después, España es leal amiga de las naciones que fueron sus colonias; americanos y españoles nos consideramos hermanos, enlazados por el triple vínculo de fe, sangre é idioma; la madre patria se enorgullece con las prosperidades de aquellas de sus hijas que cerraron el ciclo de las revoluciones á mano armada, y viven de justicia y de paz; y América, agradecida á la hidalga nación que le dio el sér, se ufana con las grandezas españolas.

R. M. CARRASQUILLA

Junio de 1907.

LA LINDA SEÑORA DE TONI

(TRADUCIDO DEL INGLÉS POR ROBERTO CORTÁZAR)

El chiquillo Toni era italiano. Cruzando los mares se había alejado de su país natal, país hermoso en donde el cielo es azul y el sol no cesa de alumbrar. Era niño cuando llegó á Inglaterra en compañía de sus padres, y aun cuando no podía recordar nada de la hermosa tierra donde había visto la primera luz, gustaba oír las historietas que su madre le refería, forjándose planes en su imaginación infantil para cuando volviera á su patria, que sería cuando fuera rico y hombre hecho y derecho.

Su madre murió pocos años después. En un cuarto desmantelado de una calle oscura y estrecha, padre é hijo se fueron á vivir. El padre de Toni tenía un instrumento de música con el cual salía á divertir á las gentes, acompañado del pequeñuelo, quien tenía el encargo de recibir las monedas que fueran cayendo durante aquellas excursiones. Cuando Toni creció un poco, consiguió para sí un acordeón, y andaba solo en busca de dinero á los blandos sonidos del instrumento.

Tenía Toni una carita un tanto abultada, ojos oscuros y brillantes, pelo negro y rizado; los dedos de los pies se le asomaban al través del calzado, y sus vestidos, medio raídos, clamaban misericordia día por día; pero en cambio, el aspecto del muchachito era siempre feliz.

Con todo, pasaba interiormente días llenos de tristeza. Muchas veces las gentes no se agrupaban para escuchar la música, y los peniques no llegaban al fondo de sus bolsillos medio despedazados. Entonces el cielo no le agradaba y más que nunca quería volver á la hermosa Italia, donde todos viven felices, sin que á nadie falte un mendrugo de pan. Toni sentía hambre á menudo. Le parecía que nunca estaba satisfecho, y creía ser semejante á la fiera que está en asecho de su presa; y en sus días de escasez, hacía esfuerzos por salir de aquel estado en que se hallaba su cuerpo entumecido.

En los momentos de indecible tristeza en que se hallaba sumergido el espíritu del pobre Toni, conoció á la *linda señora*. ¿Qué le importaba no saber su nombre? Nada. La quería porque era hermosa; la rubia cabellera y los ojos negros le recordaban los de su madre; su voz era dulce, tranquila, suave. Toni la llamaba *la linda señora*, y sus ojitos se extasiaban ante aquel rostro de mujer.

En una de aquellas tardes frías de invierno, la vio por primera vez. Aquel día Toni había estado fuera de casa, y se sentía muy triste al ver que nadie quería escuchar las melodías de su música. La noche venía lentamente. Toni se paseaba por los contornos del jardín de una gran casa situada en un recodo del camino. Se dirigió fatigado á una de las ventanas de aquella mansión, y dio principio á uno de sus aires favoritos. Un instante después escuchó una voz interior que decía:

—Oh! qué simpático italianito!

La ventana se abrió suavemente y Toni pudo contemplar el brillante rostro de la *linda señora*. Sonrió dulcemente al verla, y se despojó de su capa de invierno. Ella

sonrió también, y tras de una señal para que entrase, le preguntó cómo se llamaba, dónde vivía y si contaba aún con el apoyo de sus padres.

De pronto, una hermosa niña de ojos azules y bucles de oro, apareció en el salón haciendo piruetas; cuando vio a Toni con el instrumento en el brazo, demostró su alegría con una sonrisa propia de su edad; la *linda señora* la alzó en sus brazos, y la pequeñuela pidió a Toni que tocara.

El italianito reventaba de alegría. Al fin había encontrado una persona a quien agradaba su música infantil. Se revistió de un aire de satisfacción y tocó del mejor modo que pudo todo cuanto sabía. La niña de los bucles de oro aplaudía con sus manecitas blancas. Cuando ya Toni se retiraba, la *linda señora* le alargó medio chelín, diciéndole:

— Vuélve y nos diviertes con tu música.

Toni, al oír estas palabras, sentía que al fin había hallado un amigo, y que el mundo, después de todo, no era una cosa tan desagradable.

El recuerdo de esta escena se gravó profundamente en la memoria del pequeñuelo; cuando recorría las calles, fijaba su mirada escudriñadora en los rostros de las que pasaban, creyendo descubrir en alguna de ellas a la *linda señora*.

Pasaron así algunas semanas. Una tarde, casi por casualidad, penetró Toni en un templo espléndido y suntuoso. Sentía frío y hambre, pero el calor de la luz que por todas partes despedía aquel recinto, lo confortó un tanto. Verificábase entonces allí, con marcada pompa, una función religiosa, y los agudos sonidos del órgano producían en el ánimo de Toni indecible alegría entremezclada con un no sé qué de temor. Se olvidó de que tenía hambre, de que tenía frío: el templo le parecía lleno de una música celestial, de una música que él jamás había oído en su corta existencia. De pronto, a lo largo de la nave se fue deslizándose con paso grave el pertiguero, vestido de negro. Toni, al verlo venir hacia él, comprendió que iba a ser lanzado

á la calle; observa para todos lados como buscando un lugar de escape... pero el problema se cambia cuando Toni ve entrar en el templo á la *linda señora*. Con la alegría en el semblante, como entonando un himno de victoria, corre hacia ella y la toca en el brazo.

—No permita usted que el pertiguero me arroje afuera, le dijo Toni con voz suplicante, haga que yo me quede aquí para escuchar la música.

La señora se inclinó sorprendida para ver quién era el que le hablaba, y cuando vio á Toni, se dibujó en sus labios una sonrisa.

—Te quedarás aquí durante toda la función con tal que estés quieto, dijo la dama, al mismo tiempo que hablaba con el pertiguero, quien inmediatamente regresó á la nave. Toni ocupó un lugar en una de las extremidades del templo, gracias á la benevolencia de la *linda señora*, y allí sus oídos se deleitaron con el sonar majestuoso del órgano.

Rato después, la numerosa concurrencia empezó á abandonar el recinto profusamente iluminado. El italianito salió en compañía de su excelente amiga, quien ya en la calle, le dijo:

—¿Por qué eres tan apasionado por la música?

—No sé por qué, respondió Toni, pero siento que la música me habla interiormente, me refiere cuentos bonitos.

—¿De veras?

—Sí, y por eso yo amo mi instrumento porque me habla de Italia.

—Ah! muy bien, muy bien; vuélve pronto á casa para oír las historietas que de Italia te cuenta tu instrumento.

Durante algún tiempo, Toni se convirtió en un asiduo visitante de aquella casa, situada en uno de los recodos del camino, y aun cuando no siempre lograba ver á la *linda señora*, no por eso disminuía su alegría, experimentando positivo placer cuando ella salía y le hablaba de su musiquilla

y de la bella tierra italiana. La niña de los bucles de oro, cuyo nombre era Mayorie, rebosaba de júbilo cuando Toni pasaba frente de la ventana.

En aquella casa vivía una señora mayor, la madre de la *señora linda* y de Mayorie, y algunas veces era de verse un caballero de elevada estatura, de grave aspecto y que parecía ser el padre de las dos señoritas.

Venía la primavera. Las campiñas, los árboles empezaban á reverdecer. Los habitantes de aquel lugar participaban de la frescura de la naturaleza, y en sus rostros se veía pintada la esperanza de días más brillantes. Con todo, Toni era el único que no experimentaba aquellas fruiciones de placer. Hacía algunas semanas que las ganancias de su padre venían disminuyendo de día en día, y en cuanto á las suyas propias, se reducían á unos pocos peniques que ciertamente no alcanzaban para apagar el hambre, viéndose forzado á luchar contra ella desesperadamente. Pero su ánimo se mantuvo firme en medio del combate.

—Esto se remediará pronto, se decía.

Una tarde dirigió sus pasos hacia la casa situada en uno de los recodos del camino. El rostro del italianito se iluminó con una sonrisa al emprender aquella vía tan conocida para él.

La madre de la *señora linda* estaba en acecho en la ventana; cuando vio venir á Toni, movió la cabeza desdenosamente. En verdad, aquella anciana venerable estaba ya disgustada de ver tan repetidas veces en su casa al pobre italianito, y así, determinó decirle que no viniera tan á menudo.

Toni, al escuchar estas palabras, miró sobrecogido á la señora, y las lágrimas cayeron una por una sobre su chaquetica desgarrada.

—No por tanto tiempo, señora, dijo Toni con voz entristecida, y otra lágrima más grande todavía salpicó en su vestido; luego se volvió hacia ella, hizo una ligera inclinación y se alejó de los contornos del jardín, con un dolor

intenso en el alma. Pienso que si no veía durante algún tiempo á la *linda señora*, olvidaría toda su música, y probablemente su favorecedora no volvería á acordarse de él, no pasó por su mente desobedecer la orden tan perentoria de retirada, pero sentía su corazón hecho pedazos.

Así se deslizaron algunas semanas. Los bellos días que formaban la esperanza de Toni, no parecían; el verano se retardaba en reemplazar la primavera, y el tiempo era variable en aquella estación del año.

Una tarde, casi repentinamente, se desgajó sobre la ciudad una tempestad mezclada de recio vendaval, á la cual se siguió un aguacero extraordinario. Poco antes el cielo estaba límpido por la brillante luz del sol, cuando, sin una señal que anunciara aquella catástrofe, el líquido elemento se lanzó de la altura con tal ímpetu como si jamás pensara cesar en su caída.

Toni regresó de prisa á su buhardilla; apenas había logrado recoger aquella tarde unas pocas monedas de cobre, pero pensó que era inútil intentar seguir en su faena con tiempo tan espantoso. Iba á la carrera á lo largo de las calles llenas de agua, hundiéndose á trechos entre los lodazales, cuando algo extraño lo obligó á detenerse instantáneamente. Una niña, de pie, frente á la vidriera que servía de muestra á un almacén, lanzaba gritos desesperados como si sintiera su corazoncito partido en dos; Toni la conoció de una sola mirada: era Mayorie, la hermanita de la *señora linda*; se precipitó hacia ella, y tímidamente la tocó en el hombro. Mayorie se estremeció al ver que un desconocido se inclinaba ante ella, pero cuando halló que era el pobre Toni, la intensidad de sus suspiros decreció considerablemente.

Asida fuertemente de la mano del italianito, empezó á referirle por qué estaba allí. La niña de los bucles de oro había salido á recorrer las tiendas acompañada de su nodriza, y mientras ésta se detenía á comprar algunas telas, ella, Mayorie, llevada de su antojo, se había escurrido

con el objeto de conocer otras tiendas de la misma calle. Al cabo de un rato intentó devolverse, pero no pudo hallar la tienda donde había dejado á la nodriza; la lluvia comenzaba á azotar el pavimento de las calles, y Mayorie dio rienda suelta á su angustia, porque no sabía dónde era su casa.

Toni, al oír esto, tomó un aire de ternura y la consoló de la mejor manera que pudo.

—No llore, señorita, le dijo, yo conozco su casa y la llevaré allá. Venga usted conmigo. Se despojó de la capa, su compañera de siempre, y envolvió con ella á Mayorie, cuya chaqueta estaba empapada. La levantó en sus brazos, echó á andar, y ella, feliz porque él la conducía así tan fácilmente, unía su rostro medio manchado por las lágrimas, contra el rostro de Toni.

En pocos momentos llegó el italianito con su carga ligera á las puertas de la casa que tanto conocía; recordó alegremente la última vez que había estado allí, y ahora temía que la madre lo despachara nuevamente. La puerta se abrió con suma presteza, cediendo al trémulo golpear del italianito; un instante después apareció delante de él la *linda señora*, y Mayorie se avalanzó hacia ella extendiendo sus bracitos blancos.

Todos los de la casa habían estado buscando á Mayorie, y cómo se alegraban al verla en brazos de Toni, quien más de una vez refirió las peripecias de aquel hallazgo inesperado, mientras sus ojos emocionados se clavaban en el rostro de la madre de la niña de los bucles de oro. Al cabo de un instante dijo Toni con voz pausada, dirigiéndose á la respetable señora:

—Usted me ordenó que no volviera sino después de largo tiempo, pero... he hallado á la señorita Mayorie en la calle y.... yo necesitaba ver una vez más á la *señora linda*.

La madre de Mayorie fijó su atención en el pálido rostro del italianito y en las ropas raídas que llevaba.

—¿Quisieras venirte á vivir en nuestra compañía, Toni? dijo la señora con voz clara y gentil; necesitamos un muchacho para que cuide del jardín. ¿Grees tú que podrás desempeñar bien este oficio y hacerte útil?

Los negros ojos de Toni chispearon.

—¿Y veré todos los días á la *señora linda*? preguntó el italianito con ansiedad. Oh! Toni trabajará muy bien, en verdad.

Su excitación no le permitió añadir una palabra más, y corriendo al lado de la *linda señora*, le tomó la mano entre las suyas.

* * *

Toni vive ahora en un hogar que puede llamar suyo propio. La *linda señora* le ha enseñado á leer y á escribir, y él se esfuerza de cuantas maneras puede, para llegar á ser un joven excelente y útil; todavía habla de su vuelta á Italia, pero ahora dice que necesita llevar por compañera de su viaje á la *señora linda*, y ella, al oír esto, sonríe amablemente y no puede menos de exclamar:

—Cuando hayas crecido y seas hombre rico, Mayorie y yo iremos á visitar contigo tu hermoso país.

FRANCIS E. BURR

EL CORONEL ANSELMO PINEDA

Así como los astros brillan, unos con luz propia y otros con luz reflejada de cuerpos vecinos, así entre los hombres públicos cuyos nombres á fuerza de sonar, acaban por ser ó parecernos eminentes y por grabarse en la historia, unos brillan con su propia luz, con el mérito de sus obras, su genio, su carácter ó sus virtudes; y otros—y son los más—deslumbran con la serie no interrumpida de los nombramientos que han obtenido y de los puestos que han ocupado, no siempre por real merecimiento.